



CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

MADRID: En la Administracion, un mes 12 rs., tres meses 32, seis meses 60. — Por los comisionados: un mes 14 rs., tres meses 36, seis meses 70. — Provincias: En metálico ó libranzas, un mes 14 rs., tres meses 36, seis meses 70. — Por los comisionados: un mes 15 rs., tres meses 40, seis meses 76. — Ultramar: Tres meses 3 pesos, seis meses 6. — Extranjero: Tres meses 60 rs., seis meses 120.

# EL REINO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID: Oficinas de este periódico, y en las librerías de *Baulty-Bailly*, plaza del Príncipe Alfonso; *Publicidad*, Pasaje de Mathou, y *Moya* y *Plaza*, Carretas, 8. — PROVINCIAS: En todas las librerías y administraciones de correos. — ULTRAMAR: *Santiago de Cuba*, D. Juan Langier. — *Manila*, Sres. Ranuy y Girardier. — *Gran Canaria*, D. Amaranio Martínez de Escobar. — *Vuerto-Rico*, D. Ignacio Guasco. — EXTRANJERO: *París*, M. C. A. Saavedra, 97, rue de Richelieu. — *M. Lafite Bullier* y *Compañía*, 20, rue de la Banque. — *M. Lejolviet*, Notre Dame des Victoires. — *Londres*, M. Thomas, Catherine street. — *Gibraltar*, D. Manuel R. Pitto. — *Lisboa*, Diario dos Pobres.

Año V. Este periódico se publica todos los días, por la tarde, excepto los domingos. Jueves 15 de Octubre de 1863. Redaccion y Administracion, calle de Preciados, núm. 57, cuarto bajo. Núm. 1217.

## DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

DEL EXTERIOR.

París 14.—Quedan el 3 por 100 á 67-45; el 4 1/2 á 96; el interior español á 52 5/8; el exterior á 54; la diferencia á 00, y la amortizable á 36 1/4. — Londres 14.—Quedan los consolidados de 93 1/4 á 3/8.

## SECCION OFICIAL.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta real familia continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

MINISTERIO DE FOMENTO.

Minas.

Ilmo. señor: Para que la explotación de nuestras cuencas carboníferas pueda desarrollarse hasta donde exigen las necesidades y adelantos industriales, es indispensable que la administración pública proporcione al interés individual el resultado científico de los estudios á ellas concernientes. Con este objeto se han publicado ya algunos trabajos, según lo ha ido permitiendo los recursos del Estado y el personal facultativo disponible, encaminados á dar á conocer la naturaleza y extensión de varios crudos; pero lo limitado de estos estudios y el vuelo que, como consecuencia de ellos, se ve en gran parte tomar á la industria, patentizan más cada día la necesidad de llevar á cabo estudios capaces de dar exacto conocimiento de la verdadera importancia de las cuencas carboníferas, y de los medios que puedan contribuir á su mejor explotación.

Claro es que este trabajo no puede emprenderse á un mismo tiempo en todas las cuencas carboníferas, tanto por lo muy costoso, como también y principalmente porque siendo ahora escaso el personal facultativo, tendría que abandonar para consagrarse á él otras atenciones perentorias; pero puede efectuarse sucesivamente, empezando por la comarca en que tal estudio parece de mayor urgencia, y para ello se han consignado ya en el presupuesto vigente las cantidades que se conciben necesarias.

En su virtud, habiendo oído sobre este punto á la junta facultativa de minas, y de acuerdo con su dictamen, la Reina (Q. D. G.) ha tenido á bien disponer lo siguiente:

1.ª Una comisión de ingenieros de minas procederá desde luego á estudiar el territorio carbonífero de Asturias. 2.ª Los individuos que formen parte de esta comisión se atenderán en el ejercicio de su cargo á las reglas que con esta fecha se publican por separado. 3.ª Desempeñarán dicha comisión el ingeniero jefe de segunda clase D. Federico de Botalla, en calidad y con el carácter de jefe; los ingenieros primeros don Antonio Luis Anciano y D. Luis Natalio Monreal, y el ingeniero segundo D. Eduardo Riu y Sarros. 4.ª Esa dirección general nombrará los auxiliares facultativos que se consideren necesarios para el servicio de esta comisión. 5.ª Los ingenieros de minas del distrito de Oviedo facilitarán á la comisión cuantos datos y noticias oficiales tuvieren y los fueren reclamados para el mejor desempeño de este encargo.

De real orden lo digo á V. I. para su conocimiento y efectos consiguientes. Dios guarde á V. I. muchos años. Madrid 30 de Setiembre de 1863.—Alonso Martínez.—Señor director general de agricultura, industria y comercio.

## REVISTA DE LA PRENSA.

LA ESPERANZA.

Nuestro colega condena la retirada del Sr. Moreno Lopez, ex-ministro de Hacienda, en las presentes circunstancias, después de conocido el resultado de las elecciones, en el siguiente artículo.

Dice así: «La dimisión del Sr. Moreno Lopez, su salida del gabinete, que no debía significar nada, á la que se debía dar menos importancia, considerando á la perso-

## FOLLETIN.

LARRIAGABURU.

Verdes colinas y praderas del valle del Ibaizabal: viendo que caracolas de lengua para obsequiar á las gentes de espíritu levantado con la narración de los recuerdos romancescos que guardais en vuestras misteriosas tumbas ó bajo vuestras alfombras de flores, apenas constituido en vuestro diligente intérprete, y apenas hay una de vuestras oyes recuerdos no pueda yo narrar al viajero.

Así que este penetró en el valle del Ibaizabal, fija la vista en ese montículo que domina á Bilbao alzándose al Oriente, en la margen derecha del río, casi paralelo con el de Miravilla que se alza en la margen izquierda.

—¿Cómo se llama esa colina? pregunta el viajero. —Se llama el Morro, le contestan. —¿Qué recuerdos históricos encierra? —Ninguno más que el de haberse establecido una intencional en su cumbre durante el último asedio de la villa.

Y el viajero piensa ó exclama: «Pobre colina del Morro! Entre tus compañeras, ricas de recuerdos y dones de la naturaleza, eres la desahogada y enferma y triste; que hasta tu nombre es vulgar. Begoña, Miravilla, Tranco, todas tus compañeras encierran recuerdos históricos y tradiciones populares, árboles les dan sombra, flores les dan perfumes y matices, blancas caserías llevan á ellas la vida, y el amor de los hogares, un templo santifica á esta, una misteriosa gruta rodea de poéticos misterios á la otra. ¡Pobre colina del Morro, que ni aun tienes el consuelo de ocultar tu miseria, pues constantemente la ostentas á los ojos del viajero y del morador de la opulenta villa!»

«No tienes forma determinada como el cónico Sarantes que ves lo lejos; tu color es amarillento y triste, no verde y risueño como el que ostenta Miravilla á tu lado; ningún morador del valle se ha atrevido á construir su hogar en tu cumbre; solo crece en ti la áspera argoma, y el único don que á la naturaleza debes es el serro que en tus entrañas encierras y que solo te sirvo

na, que la que tuvo en el ministerio pasado la del señor Quesada ó la del señor marqués de Corvera, tiene, sin embargo, una importancia mucho mayor; es, en las circunstancias, con las condiciones y los precedentes con que se ha hecho, un acontecimiento capital que no solo afecta á la existencia del gabinete, sino también á la política de nuestros hombres parlamentarios de todos los partidos y matices de partido.

El Sr. Moreno Lopez sale del ministerio después de haber conocido el resultado de unas elecciones en las que él ha tenido tanta parte como cualquiera de los otros ministros, y da por causa de su salida la circular electoral del Sr. Vaamonde, que tiene más de dos meses de fecha, pretendiendo que á esa fecha se retrotraiga su dimisión. Esto se dice de público, de esto habla la prensa, sobre esto, público y prensa hacen toda clase de comentarios; y por nuestra parte, al presenciario todo y al oírlo todo, nos preguntamos si soñamos ó estamos despiertos, si es posible que se haya llegado al punto de que en el mundo político, en el juego de la política, todo pueda hacerse con la seguridad de un aplauso que ha de tolerarse, con el hecho que lo motiva, sin que estable la conciencia pública, más insultada aún por el aplauso que por el hecho.

Si, por triste que sea decirlo, no es ya posible callarlo: la salida del Sr. Moreno Lopez, sin causa conocida, cuando ya se tenía noticia del resultado de la mayor parte de las votaciones en los diferentes distritos electorales, era ya por sí una prueba de un cálculo político por nada justificado; pero esas explicaciones con las que se quiere retrotraer la determinación del Sr. Moreno Lopez á la época de la circular del señor Vaamonde, que, se dice, el Sr. Moreno Lopez no podía admitir, es una ostentación que de ese mismo cálculo político se hace, y para esa ostentación no hay nombre, ni por lo que representa en sí, ni por lo que significa para la conciencia pública, á la que se juzga capaz de comprenderla y aplaudirla.

El Sr. Moreno Lopez no podía aprobar la circular del Sr. Vaamonde, y sin embargo, pasó por ella, la afirmó, la dió la fuerza de su aceptación por no perturbar, según se dice, al gobierno y al país; pero ¿qué mayor perturbación que la que produce una cosa mala, y cómo el Sr. Moreno Lopez pudo creer que podía compararse el mal que se podía causar con impedir una cosa mala, si es que en impedir un mal puede haber daño alguna vez, con el mal de aprobar esa cosa mala, dejando que surtiera todos sus malos efectos?

El Sr. Moreno Lopez, retirándose por causa de la circular cuando se dió la circular, podía haber producido la disolución del ministerio ó dejar condecorado con su autoridad de hombre independiente y puro el futuro resultado de las elecciones; pero ¿qué comparación cabe entre el daño de una disolución ministerial ocurrida antes de esas elecciones y el que produciría una disolución hoy, cuando esas elecciones se han verificado y cuando al ministerio que reemplazara al disuelto se le pondría en el caso de anularlas y hacer otras nuevas? ¿Cómo puede compararse tampoco el daño que hubiera resultado de la condenación anticipada y particular del Sr. Moreno Lopez, con el daño que hoy causa esa condenación hecha por el ministro de sus mismos actos de ministro?

Porque el Sr. Moreno Lopez debe observar que si condena á sus compañeros de gabinete, se condena también á sí mismo; que le alzan en tanta parte, en mayor parte que á cada uno de los otros ministros, la responsabilidad de lo que todos han hecho.

En el régimen antiguo, el acto del Sr. Moreno Lopez nada habría tenido de particular, porque el sobe-rano, como sucede ahora en este punto en Francia, era el que dirigía y mandaba, siendo los ministros meros referendarios; pero dentro del régimen parlamentario, en el que los ministros por derecho propio y bajo su responsabilidad dirigen, aconsejan y ejecutan, ese acto no puede explicarse. Se conbne y se aplaude el ólebre no del Sr. Negrete; la dimisión del Sr. Moreno Lo-

para que la codicia te despedace. ¡Pobre colina, que no tienes un rey de armas que te ennoblezca interrogando á las empolvadas crónicas y á las nebulosas tradiciones del pueblo para formarte una ejecutoria! Pobre colina del Morro, busca un rey de armas que haga este milagro, que milagros más grandes aún hacen los de su oficio.»

Y el autor de este libro, que oía estos lamentos del compasivo viajero y simpatiza con todo lo triste y desventurado, y sabe que la pobre colina del Morro, si tiene fierro para defender á la patria, no tiene oro para comprar una ejecutoria en que un rey de armas pruebe que es una ramificación del monte Ararat en que paró el arca del santo patriarca Noé, registró los archivos de la villa invidiosa, revolvió los del noble señorio, interrogó á los ancianos de Ochacoaga y Bolueta y Achuri; y mereció á esta diligencia, de hoy más la desolada colina del Morro no tendrá que avergonzarse cuando fije en ella la vista el viajero del valle del Ibaizabal.

II.

El primer título que tiene la colina del Morro al amor del viajero, es el magnífico espectáculo que ofrece el valle del Ibaizabal contemplado desde la cúspide de aquella colina.

Viajeros que dejáis las áridas llanuras de Castilla para admirar nuestras verdes montañas, y para descansar en nuestros pacíficos y hospitalarios hogares: cuando llegéis al valle del Ibaizabal, subid á la santa colina de Begoña si sois cristianos, trepad al monte Bériz si sois jóvenes; pero si sois amantes de lo bello, subid á la cumbre de la colina del Morro, que el valle del Ibaizabal una vez contemplado desde allí, jamás se apartará de vuestra memoria.

Trepad por ese pobre barrio de Achuri que lleva el prosaico nombre de las Ollerías y ofrece un aspecto más prosaico aún que su nombre; seguid hasta cerca del grandioso asilo que al pie de la colina del Morro ha consagrado el noble señorío al desamparo y el arrepentimiento; al llegar al humilde cementerio de las pobres recogidas, tomad una entrada que por la derecha conduce á la humilde casería de Iratzueta, primer escalón de la colina á cuya cima os dirigís, y por cuyo centro los venaqueros han abierto un vallecito que hace bicéfala á la colina; continuad por este valle arriba, y cuando os acerquéis á su término y os halléis entre las dos cabezas del cerro, trepad á la del Sur que

pez no tiene explicación y no puede tener aplausos. Jamás se ha visto á un ministro declararse en pugna con sus compañeros, en un momento tan crítico como el de las elecciones, precisamente por causa de las elecciones, y seguir sin embargo trabajando con esos mismos compañeros, dentro de las ideas de esos compañeros, y precisamente en ese punto de las elecciones; para manifestar su disidencia á la raíz de haberse verificado.

Si el Sr. Moreno Lopez ha sido fiel á la política y al interés de sus compañeros, ¿qué puede juzgarse de su conducta, que así va contra sus sentimientos y convicciones, que hace lo que ha sentido y reconocido que es malo? Si el Sr. Moreno Lopez no ha permanecido fiel á su compromiso; si en su calidad de ministro y con su autoridad y fuerza de ministro ha estado trabajando en contra de sus compañeros de ministerio, ¿qué juicio puede formarse de lo que sienta el señor Moreno Lopez, que no ha sentido lo que había en esa conducta? Y, por último, si, como se dice, los señores ministros, creyéndose respectivamente movidos por el mismo interés y la misma idea, se han repartido para hacer las elecciones aquellas provincias que de eran naturales ó en las que tienen bienes y simpatías, habiendo caído en ese reparto al Sr. Moreno Lopez las provincias andaluzas, y si en esas provincias se ve que, sobre salir él diputado por dos distritos, han salido también personas de la oposición, como Vega de Armijo y Barca, ¿qué puede juzgarse de los señores ministros, ¿qué se ha de pensar del Sr. Moreno Lopez?

Pero véase lo grave de este asunto. Todo lo que acabamos de decir es tan obvio, está tan al alcance de todo el mundo, que no se puede dudar de que se le haya ocurrido al Sr. Moreno Lopez y á los que lo aplauden su determinación; sin embargo, él la ha tomado, y los aplausos al acto siguen. Pues bien: lo que eso significa es que el acto del Sr. Moreno Lopez no es un acto aislado; que lo mismo que el Sr. Moreno Lopez, dada la diferencia de las posiciones, han hecho otros muchos empleados enemigos del gobierno que han estado al lado del gobierno; y en suma, de todo eso se deduce, ¿qué decimos? en todo eso se ve claramente que no ya el sentido político, sino también el sentido moral, se ha pervertido por completo en los hombres del día.

## EL CONTEMPORANEO.

Examinando *El Contemporáneo* las distintas versiones que se daban para explicar la salida del ministerio de uno de los consejeros de la Corona, hace las siguientes apreciaciones:

«La inesperada dimisión del Sr. Moreno Lopez, que ha sorprendido tanto á los amigos como á los adversarios del gabinete, es objeto de comentarios por parte de la prensa de todos los partidos políticos. Acontecimiento tan extraordinario en los fastos del gobierno representativo, tan anormal por las circunstancias en que ha tenido lugar, tan inesperado aun después de los rumores de crisis que circularon unidos al nombre del Sr. Moreno Lopez hace algunos meses, y tan susceptible de torcidas interpretaciones estando como estaban abocadas unas elecciones generales, cuyo definitivo resultado es todavía desconocido, había de producir honda impresión y de provocar por todo ello el severo juicio que con leves excepciones, quizá aconsejadas por interés de partido, hallamos consignado en los periódicos que hoy llegan á nuestras manos.

Las causas probables de esa dimisión, el momento escogido para hacerla, y los motivos, ya reales, ya presuntivos, que han podido ocasionarla, son otros tantos puntos que hoy se someten á discusión, siendo objeto de encontrados pareceres. Este diverso modo de apreciar el acontecimiento de que nos ocupamos, no tanto se muestra en la esencia cuanto en los detalles. No era posible desconocer la inoportunidad de la dimisión del Sr. Moreno Lopez, dadas las circunstancias en que nos encontramos, y fueran cuales fuesen las razones que tuviera para hacerla. Este pensamiento, que surge naturalmente en vista del suceso, hubo de

revelarse en la actitud de aquellos de nuestros colegas que en los primeros momentos le dedicaron algunas líneas, bien que al mismo tiempo se notase que en algunos predominaba la pasión de partido ó el deseo de vengar la pérdida de una esperanza en otro tiempo concebida.

Pero en la esencia, en el fondo, la dimisión se ha considerado generalmente como un acto no conforme á las prácticas constitucionales, como impropio de la gravedad con que deben mirarse asuntos de esta naturaleza. Mas ya han pasado algunas horas, la impresión del momento ha desaparecido; la conciencia, tomando una forma corpórea, ha podido llamar á la puerta de alguno de nuestros colegas y sobrepone á los sentimientos espontáneos; después de esto, se ha verificado una verdadera transformación, y lo que ayer parecía blanco hoy puede parecer negro; la afirmación de ayer está negada por la de hoy.

Dos días han pasado desde que la dimisión fué conocida, y ese tiempo ha bastado para que se verifique una reacción en algunos que, harto impacientes, no ven llegada la hora de ocupar los puestos del ministerio dimitente y de sus antiguos compañeros de gabinete.

Nosotros, que no hemos visto esta cuestión sino bajo el punto de vista de las prescripciones de las más sanas teorías constitucionales, que no hemos querido emitir un juicio apasionado sobre el ministro dimitente, ni sobre el acto mismo de la dimisión, hemos visto con pesar que se le haya tratado tan crudamente como se le trató el primer día, y al siguiente con sorpresa lo contrario, sin más propósito que el de hacer una apreciación política en interés de una fracción determinada.

Por esta misma razón, porque creemos que de la conducta del Sr. Moreno Lopez no puede inferirse en modo alguno un cargo contra el gabinete de que forma parte, nos parecen injustos los que se le hacen con este motivo por aquellos que exageran sin duda la inconveniencia de la dimisión para hacer extensiva su culpa al ministerio entero.

No creemos que el Sr. Moreno Lopez haya satisfecho un pueril deseo ocupando el puesto que ha ocupado; no creemos que lo haya conservado para presentarse en los colegios electorales con el prestigio que le daba, ni por servir á parientes y amigos con cruces y destinos; no creemos, en fin, que se haya retirado porque crea que el ministerio tendrá una mayoría escasa y deleznable. Lo que tal dicen, solo han podido decirlo jugando de las cosas por un prisma inexacto, pues que por tales estímulos obra tan solamente el que de la política hace granjería, no el que acepta un puesto difícil, por más que sujeto á error haya podido alucinarse por timores ó esperanzas, á nuestro ver infundados, olvidando lo que un deber más imperioso le exigía.

En las apreciaciones que dejamos expuestas, y en las que tomadas de otros periódicos podrán ver nuestros lectores en otro lugar de este número, se condenan, por decirlo así, cuanto se ha dicho sobre la dimisión del Sr. Moreno Lopez, que no ha tenido influencia alguna en las disposiciones de que se halla animado el ministerio; antes por el contrario, ese acontecimiento ha dado ocasión á que se arraigue cada vez más en el gabinete la idea de presentarse ante las Cortes á dar cuenta del tiempo que ha estado gobernando.

Según nuestros informes, que vemos confirmados por el periódico de la noche en su última edición, no abandonará su puesto sino después de estar constituido el Congreso; y cuando en esté en el Senado sufrirá alguna derrota. El gabinete creó con razón que después de haber convocados los colegios electorales, y después de hechas las elecciones, no podría retirarse sin contraer una grave responsabilidad, sin provocar un nuevo conflicto: poseídos de esta verdad, y desechos de no eludir en modo alguno el deber de dar cuenta de sus actos, se hallan resueltos los ministros, y el presidente del Consejo á su frente, á ocupar el puesto que el deber les señala en el seno de las Cortes.»

las muchas que allí han abierto los venaqueros, rogamos á un niño del barrio de Santuchu que nos acompañase, y el niño se prestó á ello, aunque con alguna repugnancia.

Cuando llegabamos á la cumbre, el niño parecía sobrealzado y temeroso.

—¿Temes caer en alguna cueva? le preguntamos. —¡Cál no, señor; yo bien sé dónde están las cuevas.

—¿Pues entonces qué es lo que temes? —El brazo del cantero. —¿Qué brazo es ese? —El del cantero que robó las alhajas de la Virgen de Begoña.

Entonces recordamos una maravillosa historia, narrada en este libro, y creímos con razón que el niño aturda á aquel brazo asido por la santa imagen, y que diez y seis años después de cometido el sacrilegio y ajusticiado el sacrilego se había hallado inculpado.

—¿Y qué es lo que hace el brazo del cantero? —¡Toma! dice la abuela que sale de estas cuevas y agarra á los que han robado algo. —¿Pero tú no habrás robado nada? —Manzanas he robado alguna vez.

En lugar de tranquilizar al niño desmintiendo á su abuela, le aconsejamos que ni aun manzanas robase. Cuando las creencias populares tienen el santo fin de mantener la fe y la probidad como comunmente suelen tenerlas las de nuestras nobles montañas, es una indignidad el destruirlas.

—Bien está, dijimos, que estos honrados hijos del trabajo que viven á la sombra del milagroso santuario de Begoña tengan en el monte de las Angustias una voz que, como la del Señor al primer hombre, grite al que toque al árbol vedado: «Adán, ¿qué has hecho de mis preceptos?»

III.

Viajero que recorres el misterioso paseo de los Cafios, asombrado de la frondosidad de los árboles que allí crecen: del abismo que á tus pies se abre para dar paso al Ibaizabal que en él roje, y de las oscuras rocas y las altas y verdes montañas que dominan ese profundo valle, alza la vista hacia el monte de las Angustias, cuya desnuda mole empieza donde termina el bosque de hayas que cubre la ladera por donde caminas. Á mitad del camino que sube de Achuri á Miraflores, en la faldia meridional del Morro, cobijada por

## LA ESPAÑA.

Este periódico, ocupándose de la dimisión del Sr. Moreno Lopez y de la actitud de *La Epoca*, declara que aquel ha incurrido en una equivocable equivocación ó ha sido instrumento inocente de ajenos designios. Véanse sus palabras:

«Cuanto más se quiere tapan el asunto de la dimisión del Sr. Moreno Lopez, más se descubre. Han coincidido dos actos políticos con un breve intervalo, y no es preciso tener gran perspicuidad para encontrarles cierta misteriosa relación. Hace cinco días que el propietario de *La Epoca* rompió bruscamente el convenio hecho con el Sr. Mañé y Flaquer, y tres días después que el señor Moreno Lopez presentó inapelablemente su dimisión al Consejo de ministros: esos dos hechos debían tener entre sí tan estrecha relación, que *La Epoca* no vacila en unirlos, en presentarlos como efectos de una misma causa, pretendiendo dar razón al uno con el otro, y autorizar al otro con el uno. Pero sin duda la capa es corta, y al querer emborazar *La Epoca* desmucha al ministro. Toda la habilidad de este periódico no ha sido suficiente para que logre taparse sin tirar de la manta.

Oigamos cómo se explica antes de anoche *La Epoca*; esto es, al día siguiente de asegurar que continuaba siendo amiga del ministerio:

«Tampoco vamos á apreciar la naturaleza de la crisis ministerial provocada por la dimisión del Sr. Moreno Lopez, á cuyo patriotismo debemos hacer completa justicia; pues fundado en idénticas causas que nosotros, ha sabido esperar, ha querido callar, ha hecho el sacrificio de sus opiniones individuales en aras del gobierno, aplazando una resolución considerada por sus mismos compañeros como de la mayor gravedad si hubiera precedido á las elecciones generales, cuando ya el partido progresista había decidido su retraimiento; y cuando no había términos hábiles de prorogar el plazo dentro del cual era preciso convocar á nuevas elecciones.»

Perfectamente; *La Epoca* declara dos cosas. Primera, que se coloca en la oposición; y segunda, que su conducta y la del Sr. Moreno Lopez es la misma; de forma que juzgando á *La Epoca*, juzgamos al ministro dimitente; el Sr. Coello y el Sr. Moreno Lopez se encuentran ligados por el nudo íntimo de una conducta común: ambos han obrado de la misma manera, fundándose en idénticas causas; ambos han sabido esperar, han querido callar, han hecho el sacrificio de sus opiniones individuales en aras del gobierno.

Vamos ahora cómo ha sabido esperar, ha querido callar, y ha hecho *La Epoca* el sacrificio de sus opiniones individuales; y por ahí podrá inferirse cómo ha sabido esperar, cómo ha querido callar, cómo ha sacrificado sus opiniones individuales el Sr. Moreno Lopez.

«¿Cuál es la causa de la dimisión del ministro de Hacienda? No se conoce otra que la circular de 20 de Agosto. ¿Y cómo recibió *La Epoca* la aparición de ese documento oficial? En sus columnas está. Sustancialmente dijo: que en su opinión, el gobierno estaba en su derecho al establecer aquellas reglas, que pueden ser consideradas necesarias é indispensables desde el momento que, á la sombra de una reunión electoral, en que lo lógico es que se reúnan más electores y no se traten otros asuntos que los electorales, pudieran reunirse otras personas amigas de ciertas expansiones y que tendieran, naturalmente á turbar la seriedad que debe haber en estas reuniones, bastardeándolas y hasta convirtiéndolas en principio de tumulto y en ocasión de herir y maltratar instituciones y objetos que están garantidos por la Constitución del Estado.

Creía además *La Epoca* que algunos grupos que gritan y vociferan mucho, y que por este solo motivo se consideran grandes en número; nos iban á dar la bienvenida pesadumbre de no reunirse, renunciando á la esperanza de pasar revista á sus fuerzas, que, bajo el punto de vista de las listas de electores, habían de ser bien mercedadas é insignificantes.

Textualmente dijo en su número del 22 de Agosto lo que sigue: «No creemos, pues, que la circular suprima ningún

las negras rocas del monte y sombreada por las gigantes hayas del bosque, verás una pobre casa de construcción moderna. La tradición cuenta que esa casa se construyó sobre las ruinas de otra que inspiraba profundo horror al vulgo, porque era la casa del verdugo.

Cuando la república de Begoña alzó un cadalso en la cumbre de Larrriagaburu, el verdugo fijó su morada al pie de la triste montaña, no en la banda meridional, que no se descubre desde la república de Begoña, sino en la septentrional que se descubre desde toda su jurisdicción. Su morada eran tres agujeros, abiertos en la férrea roca, que parecían tres ojos abiertos siempre para contemplar con sangrienta avidez á los begoñeses.

Contábase que un resplandor de color de sangre brillaba de noche en aquellos agujeros, y el terror se apoderaba de las débiles mujeres y los niños cuántas veces unas y otros dirigían su vista á Iratzueta, que este nombre, equivalente al de tres agujeros, se daba á la morada del verdugo.

La república celebró cruz-parada, y después de hacerse constar en ella que muchas mujeres habían malparado de miedo y muchos niños se habían encajonado de lo mismo, se acordó que el verdugo estableciese su vivienda al otro lado de Larrriagaburu, donde solo la visión los que tuviesen el mal gusto de ir á verla. Y así lo hizo el verdugo, que construyó su casa en la que hoy llamamos cueva de Miraflores.

Allí vivieron no sabemos cuántas generaciones de verdugos, y esta circunstancia, unida al pavor que aún hoy inspira allí la tremenda magestad del valle, fue causa de que el vulgo poblara de fantasmas el estribo meridional del monte de las Angustias; y la tradición añade que en la casa del verdugo, en compañía de este y de su maldicienda prole, vivía el diablo cuando el desalojó de allí y le hizo hundirse en el infierno por la cueva de Porgiron la presencia de San Francisco de Borja, y la casa del verdugo se humedó al huir el diablo de ella dando espantosos bramidos, y sobre el montón de ruinas saturadas de azufre se construyó la casa que hoy existe, muchos años después, cuando se abrió la carretera que ha quitado á aquel sitio el siniestro misterio que le rodeaba.

Esta es la ejecutoria que hemos logrado hacer á la desolada colina del Morro. ¡Pobre colina, que con tan triste ejecutoria te tienes que contentar!

ANTONIO DE TRUEBA.

resorte necesario en la vida constitucional, y nos parecen por consiguiente muy exageradas las quejas que con este motivo se formulan.

A esto llama *La Epoca* saber esperar y saber callar. ¿Ha sabido esperar así y callar así el Sr. Moreno Lopez? ¿Si? Pues eso es el cargo más tremendo que se le puede dirigir. *La Epoca* defendió la circular de 20 de Agosto, la aplaudió, y se movió en los términos que hemos visto de la actitud amonazadora de los progresistas: hoy aquella circular y la actitud de la gente revolucionaria es la que obliga a *La Epoca* a rasgar el velo de su ministerialismo. ¿A dónde vamos a parar por este camino? ¿A dónde hemos llegado ya, cuando se puede llamar públicamente sacrificio a una simple evolución? ¿Pero qué decimos! es esperar, ciertamente, esperar al ministerio detrás de la esquina de las elecciones: no es en rigor una jugada, sino una jugarreta.

¿Y qué ha hecho el Sr. Moreno Lopez mientras *La Epoca* callaba aplaudiendo y esperaba apoyando? Ha tomado una parte activa en todas las deliberaciones y resoluciones del Consejo de ministros; ha ejercido su parte de influencia legítima en las elecciones; ha hablado de proyectos, de reformas, con el aplomo del ministro que no tiene sus días contados. Esto es lo que oímos por todas partes. Es muy cómodo esperar así y callar de esa manera; y en honor de toda verdad, no son las opiniones individuales las que aquí aparecen sacrificadas; si bien se mira, lo que resulta sacrificado tiene otro nombre.

Pero ahondemos un poco en el razonamiento de *La Epoca*. La resolución estaba aplazada, porque hubiera sido muy grave antes de las elecciones; estando ya el partido progresista en pleno retraimiento, y no habiendo términos hábiles de prorogar el plazo en que era preciso convocar a nuevas elecciones. Es decir: que la oposición de *La Epoca* y la dimisión del señor Moreno Lopez son dos cosas de tan extraordinaria importancia, que el gobierno no hubiera tenido ni tiempo siquiera para convocar las nuevas Cortes dentro del plazo constitucional, faltándole la cooperación del Sr. Moreno Lopez y el apoyo de *La Epoca*.

¿El tiempo sin duda iba a huir más de prisa asustado de tan graves sucesos! La actitud revolucionaria del partido progresista iba a adquirir una fuerza formidable con las simpatías de *La Epoca* y el agrado del señor Moreno Lopez. Confesemos, llenos de susto todavía, que el país ha estado al borde de un abismo.

Nosotros preguntamos a la buena fe de todo el mundo: ¿Cuándo esa resolución podía ser más dañosa al ministerio? ¿Ante la perentoriedad de unas elecciones que ya él solo podía hacer, o ahora que hechas las elecciones, contados los votos—más ó menos equivocadamente—y próximo a reunirse el Congreso, puede dársele la batalla decisiva? Otra pregunta: ¿Cuándo esa resolución adoptada por *La Epoca* y el Sr. Moreno Lopez podía ser más comprometida para el período y para el ministro? ¿Antes de las elecciones, ó despues de hechas estas con el apoyo del uno y el concurso del otro?

¿Y qué patriotismo se descubre en la resolución del Sr. Moreno Lopez? Ninguno, absolutamente ninguno. Sea la que quiera su opinión acerca de la circular, desde el momento en que sirvió de pretexto a los progresistas y a los demócratas para lanzar la amenaza del retraimiento, fundada, no en la circular, sino en la conducta de todos los gobiernos moderados, y muy especialmente del gobierno presidido por el señor duque de Tetuan, el ministro dimisionario debió unirse estrechamente al ministerio de que formaba parte, para ayudarle a recoger el guante que a todos nos había arrojado la revolución. Esa era la línea de conducta que el patriotismo señalaba a todos.

Y en cambio, ¿qué se hace? Se da fuerza al retraimiento con esa dimisión equívoca, y se deja sospechar que pueda haber en todo ello una cabala de partido, el movimiento estratégico de alguna fracción que se ha hecho la muerta hasta ahora; ambiciones personales, tristes y mezquinos intereses.

Lejos, muy lejos está de nuestro ánimo semejante sospecha; pero si el Sr. Moreno Lopez piensa atentamente en ello, su rectitud lo conducirá, como de la mano, a conocer que ha incurrido en una deplorable equivocación, ó que ha sido instrumento inocente de agenos designios.

## EL REINO.

MADRID 15 DE OCTUBRE DE 1863.

*La Epoca*, continuando la evolución comenzada con la salida del Sr. Mañé y Flaqué, descorre el velo que hasta ahora ocultaba sus pensamientos, y empieza una oposición al gabinete, de la manera que le es peculiar, arrojándose el papel de moderadora y directora del gobierno y de las instituciones constitucionales.

Dos notas diplomáticas inserta en forma de artículos de fondo en su número de ayer, y en ellas, despues de examinar las consecuencias producidas por la dimisión del Sr. Moreno Lopez, por la actitud de los progresistas, por el resultado de las elecciones que acaban de verificarse, y por todos los actos del gabinete, que considera hoy bajo distinto punto de vista que otras veces, se permite pedir, para una eventualidad próxima, que el gobierno mismo, plegando su bandera, renunciando a su misión, suicidándose, en una palabra, resigne el mando en una parcialidad determinada, que aunque no la nombra, puede decirse que es la parcialidad conservadora de la Cámara.

Ya *La Epoca* olvida que el programa del gabinete le pareció siempre grande, feo, y el único que responde a las necesidades de nuestro presente y a las previsiones del porvenir; ya prescinde de lo que ese programa significa, para fijarse únicamente en las personas; ya, en fin, separándose de su historia, de sus compromisos y de sus deberes, anuncia con toda la resolución y franqueza que le permite su índole especial, que el gabinete no está a la altura de las circunstancias, encomendándole como única misión la de trabajar para caer; y la de hacer que otro gobierno, compuesto de personas que a *La Epoca* merezcan confianza, venga a hacer frente a complicaciones que el actual no puede cortar.

Para hacer esto, era preciso condenar la bandera del gabinete, y *La Epoca* la condena; era preciso rebajar la merecida reputación de los dignos miembros que le componen, y *La Epoca* la rebaja; era preciso renegar de los principios que sirven de base a la unión, y *La Epoca* reniega

de ellos; era preciso hacer un llamamiento a los intereses de los hombres que componen una fracción determinada, y lo hace. *La Epoca* sigue la línea de conducta de *El Diario Español*; pero velando, como siempre, su pensamiento, con multitud de palabras, y procurando envolverlo con mentidas promesas y con la perspectiva de alianzas absurdas de personalidades no ligadas por comunidad de principios, de ideas y de aspiraciones.

*La Epoca* ha aplaudido al gobierno, lo ha animado a seguir firme en su puesto, lo ha defendido con tibieza, si, pero aparentando lealtad y buena fe, hasta que ha llegado el momento oportuno para realizar sus miras. Hoy quiere hacer causa común con sus enemigos; quiere renegar del aplauso dado a sus principios, a sus hombres y a su conducta, no para que una nueva bandera llegue al poder, ni para que principios distintos sirvan de base a las reformas que han de llevarse al próximo Congreso, sino para un simple cambio de personas que nada en la actualidad podría justificar.

Pero al renegar de su aplauso, explica su nueva actitud en los siguientes términos:

«Tampoco vamos a apreciar la naturaleza de la crisis ministerial provocada por la dimisión del Sr. Moreno Lopez, a cuyo patriotismo debemos hacer completa justicia; pues fundado en idénticas causas que nosotros, ha sabido esperar, ha querido callar, ha hecho el sacrificio de sus opiniones individuales en aras del gobierno, aplazando una resolución considerada por sus mismos compañeros como de la mayor gravedad, si hubiera precedido a las elecciones generales, cuando ya el partido progresista había decidido su retraimiento, y cuando no había términos hábiles de prorogar el plazo dentro del cual era preciso convocar a nuevas elecciones.»

Como se ve, *La Epoca* hace causa común con el Sr. Moreno Lopez, y seguirá la conducta del ex-ministro de Hacienda, obedeciendo a las mismas inspiraciones. Ya sabemos que el periódico de la tarde hizo el sacrificio de sus opiniones en aras del gobierno; y con semejante precedente, ¿quién puede respondernos de que hoy mismo, en esa nueva evolución que acaba de hacer, no sacrifica también sus opiniones en aras de otros intereses más ó menos mezquinos, pero que, como entonces, trate ahora de presentarlos como los intereses del país?

Esa mancomunidad de miras y de tendencias con el Sr. Moreno Lopez, es por de pronto inexacta. Por el honor de este hombre público, no creemos, es más, negamos resueltamente que haya obedecido a los móviles que *La Epoca* supone. Si hubiera permanecido en el gabinete despues de actos que en su conciencia condenara, merecería esos cargos de deslealtad, esas acusaciones que todos los periódicos le dirigen y que nuestros lectores podrán consultar en la «Revista de la prensa.» Por fortuna para su nombre, el Sr. Moreno Lopez continuó en el gabinete, aceptando sus actos, su política y sus pensamientos. Él se asociaba a las comisiones formadas por sus compañeros para preparar las leyes que debían llevar a la Cámara: él se encargaba de la de funcionarios públicos y la estudiaba con detención; él, en fin, formaba el presupuesto y se preparaba a sostenerlo tan pronto como las Cámaras se reuniesen.

No había en su conducta el sacrificio de opiniones que *La Epoca* dice; y si ella lo ha hecho, quedará sola, aislada, mereciendo las censuras y los cargos severísimos que, por un error que nuestro colega difunde demasiado, vienen a caer sobre el Sr. Moreno Lopez.

¿Qué es lo que ahora, cuando *La Epoca* no sacrifica ya sus opiniones, viene a decir?

Censurando la conducta observada en las elecciones, se expresa en los siguientes términos:

«¿Por qué fatalidad, cuando las cuestiones pasaron del terreno de las ideas y de los principios al terreno de los hechos y de las personas, se desvió el ministerio presidido por el digno marqués de Miraflores de la senda de elevada conciliación que por regla general había seguido hasta entonces? ¿Cómo no comprendió que un interés superior al de su existencia misma le aconsejaba apoyar en todas sus partes con su influencia legítima las candidaturas conservadoras liberales, aun cuando el Congreso elegido bajo su dirección llamase mañana al poder a otros hombres que podían ser ó no ser los de la situación pasada?»

Hé aquí las preguntas de nuestro colega que envuelven otros tantos cargos. Censura al gabinete porque en la práctica se ha desviado de la conciliación, porque no ha traído al Congreso los hombres conservadores. ¿Quiere verse una contestación terminante? *La Epoca* misma, en el mismo número, dice:

«¿Y dónde está en estos momentos el partido conservador? Está indudablemente en el Congreso que se acaba de elegir; está casi completo, con todas las fracciones en que se divide y subdivide, con todos sus matices, con todas sus tendencias, con casi todos sus hombres importantes, y hasta con casi todos los auxiliares que toman una parte más ó menos activa y directa en la política militante.»

Ya lo ven nuestros lectores: en la práctica, la política del gobierno ha dado el resultado que *La Epoca* le censura no haber conseguido.

Y puesto que el partido conservador liberal está en la Cámara, traído por el gobierno, cree *La Epoca* que solo debe secundar un gabinete compuesto de los hombres más eminentes del partido conservador.

Aquí no hay ya nada de unión liberal, nada de conciliación, nada de transición; se quiere traer una situación exclusiva de las que *La Epoca* condenaba habitualmente en sus columnas; prescindir de los elementos del partido progresista que han venido a dar fuerza, vigor y nueva savia al gran partido liberal, y que tienen en el gobierno una representación tan digna y tan legítima.

Despues de esto, llegaba para *La Epoca* la

oportunidad de rebajar a las personalidades que componen el gabinete, y lo hace de la manera hábil que tiene por costumbre. «Sería, dice, una intrusión ridícula é insostenible que hombres de segunda ó tercera fila se propusieran desempeñar ante las Cámaras el papel reservado exclusivamente a las eminencias del partido.»

Ya el ilustre marqués de Miraflores, que tantos y tan grandes servicios ha prestado al trono de nuestra augusta Soberana; ya el bizarro general Concha, que durante su administración en Cuba alcanzó tan alta y merecida reputación; ya, en fin, los Sres. Alonso Martínez y Vaamonde, que han desempeñado distintas veces el cargo de ministros de la Corona y que han ocupado con tanto brillo las más elevadas posiciones, son relegados por *La Epoca* a personas de tercera fila, muy por debajo de los Sres. Ulloa, Posada Herrera y Vega de Armijo.

*La Epoca* no se detiene aquí, porque yendo a dar al punto de partida del Sr. Posada Herrera, hace entender que este gobierno es un peligro para las instituciones, y declara que es llegado el caso de que las fuerzas conservadoras se agrupan recordando su verdadera dirección, que no puede menos de confesarse a sus hombres más importantes.

¿Quiénes son esos hombres? ¿Dónde está su bandera? ¿Cuáles son sus fines?

*La Epoca* no dice los nombres, pero enseña un girón de la bandera.

Tiene ya reunido un Congreso en que, según su declaración, todos los elementos conservadores liberales están dignamente representados. Pues bien: la misión de ese Congreso que con tales elementos cuenta, debe limitarse en el orden administrativo a legalizar la situación económica, y en el orden político a hacer la reforma electoral.

¡Gloriosa misión confía *La Epoca* a una Cámara en que el partido conservador liberal tiene tantos y tan poderosos elementos! ¿Es esa la bandera que se aspira a enarbolar? ¿Es la política del Sr. Posada Herrera, política que se reduce a aplazar todas las grandes reformas liberales, la que *La Epoca* quiere que triunfe? ¿Aspira a hacer estéril la reunión del gran partido conservador liberal en la Cámara, legitimando las acusaciones de sus más encarnizados enemigos?

Y si no es esa su bandera y si no son esas sus aspiraciones, *La Epoca* debe hablar con claridad. No basta citar reuniones de hombres más ó menos autorizados, bajar sus nombres y suponer transacciones hechas en la oscuridad para aspirar al poder. Es preciso que la transacción se verifique a la luz del día, en las Cámaras, en la prensa, donde pueda ser discutida y conocida del país, que debe decidir sobre su importancia y trascendencia.

Que el partido progresista se haya abstenido de acudir a las Cámaras voluntariamente, sin motivo ni pretexto justificado, como *La Epoca* ha declarado muchas veces, no es razón para que el Congreso deba limitar su esfera de acción. Sostener eso, es lo mismo que anular el sistema representativo, echar por tierra el principio de autoridad, y fiar a las voluntariedades de las banderías el decidir de la misión de las más elevadas instituciones constitucionales.

Esa misma abstención impone al partido liberal nuevos y grandes deberes. Tiene que demostrar que sin el concurso de su adversario, concurso útil y necesario, por otra parte, cumple y llena su misión; tiene que probar que no le dividen pasiones miserables ni recelillas de personas cuando del bien del país se trata; tiene, en fin, que hacer estéril, para que nunca vuelva a reproducirse, esa abstención de los partidos extremos, que obrando de esa manera, se convertiría en un remordimiento perdurable y daría al partido conservador un nuevo y legítimo título de gloria que inscribir en su bandera.

Y la manera de hacer estéril el retraimiento, es realizar en todas sus partes el programa del gabinete. Abordar franca y resueltamente la cuestión constitucional; devolver al Parlamento sus fueros; resolver para siempre el problema de la desvinculación, sometiendo a todos a la ley común; mejorar la ley electoral haciendo imposible desatentados abusos del poder gubernativo; librar a la imprenta de las cadenas que la oprimen, y llevar a la Hacienda las grandes reformas de que es susceptible, esas son las cuestiones que el gobierno someterá al próximo Congreso.

Si los hombres conservadores, asociándose a esta obra de regeneración política, é inspirándose en el bien del país, aprueban la conducta del gabinete, este permanecerá firme en su puesto y habrá cumplido sus promesas y sus deberes.

Frente a esa bandera, que se enarbole otra más patriótica, y disuntiremos. No se hable de hombres, sea cualesquiera su importancia, porque la teoría de los hombres necesarios, que *La Epoca* quiere resucitar, está condenada por la experiencia, y es contraria al sistema representativo.

Si esa nueva bandera se enarbola y triunfa en las Cámaras, el gobierno cederá su puesto; pero cometería la mayor y más grave de todas las faltas si cediera ante agrupaciones de personas no bien definidas, sin principios que las sirvan de norte, y sin otra mira que lograr el poder, aun a costa de los intereses de la patria.

El país ha designado ya sus representantes: a decir de las opiniones, las violencias y desafueros de todo género cometidos por los agentes del gobierno han sido las causas únicas del feliz re-

sultado obtenido por el gabinete en la mayor parte de los distritos. Nosotros, sin embargo, hemos dicho, y no cesaremos de repetir cuanto sea necesario, que aquel ha procurado dejar, y ha dejado en efecto, a los electores en completa libertad para emitir sus votos; así lo prometió a su elevación al mando, así lo ha ordenado estrechamente a sus agentes, y así lo han cumplido estos, llevando hasta un extremo en algunas localidades sus deferencias con los candidatos de oposición, que han dado lugar a mil versiones.

Pero como por buenas que sean las intenciones del gabinete Miraflores, y por leal que haya sido su conducta, no sería imposible que algún funcionario público, con notoria infidelidad y desobediencia osadamente las órdenes superiores, hubiera abusado de su posición y su influencia, ya para favorecer indiscretamente las candidaturas aceptadas por el ministerio, ya para hacer a este una guerra clandestina é indigna, el gobierno ha estado siempre y está en la actualidad dispuesto a castigar con severidad toda infracción de la ley que llegue a su noticia, y anhela vivamente el momento de poder presentarse ante el Parlamento a dar cuenta de los actos realizados durante su administración, principalmente durante el período electoral, a fin de exigir la responsabilidad a quien correspondiera, si alguna ilegalidad se hubiere cometido.

Así, pues, aunque fuera cierto, lo que no creemos, que el actual orden de cosas está próximo a desaparecer; aunque el voto del país hubiera sido adverso al gabinete como le ha sido propicio, este no debería nunca hacer lo que las opiniones le aconsejan con la buena intención que es de imaginar; esto es, abandonar el puesto de honor que la Corona le ha confiado, antes de presentarse a dar cuenta de sus actos al Parlamento, formalidad que todo gobierno constitucional está en la estrecha obligación de cumplir.

Confiamos en que el actual ministerio no solo se presentará a la representación nacional, sino que a pesar de los pronósticos de sus enemigos, que se empeñan, porque así les conviene, en dar a la última crisis parcial más trascendencia de la que realmente puede tener, los hombres que hoy están al frente de los negocios públicos continuarán prestando servicios a su patria en los puestos que ocupan, servicios que serán tanto más importantes que los que llevan hechos hasta hoy, cuanto que el Congreso ya salido de las urnas electorales favorecerá las miras políticas de la situación, y con el auxilio y necesaria intervención de aquel sabrá esta desarrollar y traducir en hechos reales los planes de gobierno, las reformas y mejoras de los diversos ramos de la administración, a cuyo estudio y preparación se han dedicado concienzudamente los actuales ministros de la Corona durante el interregno parlamentario.

Por más que buscamos con imparcialidad, no encontramos nada que justifique ahora, la retirada del gabinete no antes de la apertura de las Cortes, pero ni aun despues de abiertas aquellas. Sería preciso que los numerosos amigos que la política del gabinete contará en el seno de la representación nacional olvidaran los solemnes compromisos contraídos y le volvieran las espaldas en los momentos más críticos, proceder indigno, imposible en los distinguidos patriotas revestidos por el pueblo con el alto cargo de diputados; ó sería indispensable que el gobierno cometiera algún lamentable error que le enagenara las simpatías de sus adeptos, ó se apartara de los principios políticos por él con sinceridad y constancia proclamados; y francamente, estas hipótesis, conociendo como conocemos la lealtad y sensatez de los actuales gobernantes, nos parecen asimismo punto menos que imposibles.

Sin embargo; supongamos, y es mucho suponer, que hubiera motivos poderosos para que el actual gabinete resignara el mando, y que este, como sinceramente constitucional que es, dejara el poder obedeciendo a la voluntad de la Corona, a la opinión de la mayoría parlamentaria.

No podemos adivinar los sucesos que podrán sobrevenir, y que tal vez justificaran semejante resolución; pero a juzgar por el aspecto que hoy presenta la esfera política, nos inclinamos a creer que los vaticinios de las oposiciones saldrán fallidos. La mayoría del Congreso se compondrá, ó mejor dicho, se compone ya, de hombres políticos decididamente partidarios de los principios conservadores liberales; y como quiera que, según nuestra humilde opinión, el estado actual del espíritu público rechaza del poder partidos exclusivos y exagerados en sus doctrinas ó intolerantes con las personas; como quiera que hoy solo vemos posible en España gobiernos de union constitucional, gobiernos eminentemente liberales a la vez que eminentemente conservadores, traduzca en hechos el gabinete actual esa política que ha proclamado, y no solo se afirmará en el poder parlamentariamente, sino con el beneficio del país.

No pomposas promesas ni vanas declamaciones pueden satisfacer a los pueblos en los momentos que atravesamos. Al abrirse las puertas de la representación nacional, al penetrar en el augusto templo de las leyes los investidos con la representación de altísimos intereses, el gobierno someterá a exámen una serie de proyectos que serán la fiel y genuina expresión de sus doctrinas políticas, económicas y administrativas, esperando el resultado de ese juicio de residencia a que con gusto se somete.

Allí es donde deben formularse todos los cargos y aducirse todas las pruebas; allí, a la faz de la nación entera, deben oponerse doctrinas a doctrinas, y escuchando solo la voz del patriotismo, juzgar con el criterio recto y elevado que la nación tiene derecho a exigir de sus representantes.

Verdaderamente es singular la falta de consecuencia de que hacen alarde los periódicos de oposición respecto a los juicios que emiten acerca de las personas de los ministros.

Exceptuando a los señores marqués de Miraflores y Vaamonde, a los cuales desde el primer día vienen haciendo una cruda guerra, todos los demás consejeros de la Corona han sido alternativamente halagados ó fuertemente maltratados, según que se ha creído posible que se acercaran ó se separaran de las miras disolventes, en extremo demoleadoras, que las oposiciones abrigan.

Las suposiciones más absurdas, las afirmaciones más aventuradas y poco honrosas han sido el tema obligado de ciertos periódicos para hacer crecer la confusión que ellos y solo ellos han procurado introducir, y para que la desconfianza pe-

netrara aun entre los dignos individuos que merecen la confianza de la Corona.

Esa táctica, seguida con perseverancia, aunque por todos conocida y apreciada, por fortuna no ha sido bastante poderosa para conseguir el poco patriótico iniciadores.

El ministerio presidido por el señor marqués de Miraflores, fuerte con la conciencia de su misión, y penetrado de todo el alcance de su misión, ha seguido sin apartarse la senda que su ministerio, y tranquilo aguarda el momento en que ha de dar razón de sus actos a los legítimos representantes de la nación, sin escuchar las desenfrenadas voces de esos aventureros de la política, que tratan de ensordecerlos dando al aire sus descompasados gritos, siempre que no ven cumplidas sus miras exclusivas y egoístas.

De seguro que si fuéramos a recapitular las alabanzas y los vituperios que desde el día 2 de Marzo se han dirigido a los ministros de la Corona, sería cosa de formar un libro lleno de comparaciones periodísticas, en que resaltasen las malas pasiones desbordadas, que todo lo esterilizan y que no reparan en manchar las más acrisoladas reputaciones, si así cumple a su fines.

Cuando los individuos que componían el gabinete antes de la salida del Sr. Sierra y entrada de los Sres. Alonso Martínez y Permyer se hallaban más unidos en pensamiento político, cuando todos ellos procuraban auxiliarse mutuamente en la importante obra de dar fuerza y consistencia a la situación, cuando la conformidad más administrable reinaba en el seno del ministerio, los periódicos de oposición creyeron conveniente adoptar la conocida táctica que se resume en estas palabras: «dividir para vencer.»

Así, pues, todos sus escritos se dirigen a sembrar la discordia entre los miembros del gabinete, lisonjeando y adulando alternativamente a todos ellos, menos a los señores ministros de Estado y Gobernación, a quienes, como antes hemos mencionado, no concedieron jamás punto de reposo. Al mismo tiempo que se ensayaba el introducir desconfianzas y antipatías, cierta parte de la prensa daba por realizada la división de los consejeros de la Corona: al señor marqués de Miraflores y al Sr. Vaamonde nos los presentaban como adheridos firmemente a las ideas ultramoderadas, al paso que veían en los demás ministros vivas inclinaciones hacia la unión liberal del general O'Donnell, y más especialmente hacia ciertos grupos de aquella mal llamada unión, y hasta suponían en el ministro de la Guerra la pretensión de constituir una nueva unión liberal capitaneada por él mismo.

Consecuentes con este ridículo sistema de debilitar la situación por medio de chismes y de absurdas suposiciones, los diarios opositoristas no economizaron adulaciones ni incesante a aquellos señores ministros a quienes creían ver dispuestos a romper con sus compañeros, y esto lo han despues de haber estado prodigándoles recientemente los insultos más groseros, los ataques personales más violentos é injustificables.

Recuérdese lo que sucedió con el Sr. Sierra, y se verá que una cosa muy parecida ha tenido lugar respecto al Sr. Moreno Lopez en cuanto a la actitud con que ciertos órganos de la prensa, perpetuos heraldos de la administración caida, han recibido la resolución adoptada por este hombre político. Despues de haber sido blanco como sus demás compañeros de gabinete de los envanecidos dardos opositoristas, la mala voluntad de los enemigos del ministerio se trocó en benevolencia, casi en entusiasta admiración hacia el Sr. Moreno Lopez, tan luego como se supuso que este señor ministro, instigado por una fracción política, provocaría una crisis. Las oposiciones vieron un golpe terrible para el gabinete, y aplaudieron con frenesí al que creían que iba a darlo.

Pero no habiéndose cumplido los deseos de las oposiciones, esto bastó para que no tardaran en entonar en su obsequio una letanía de improperios atroces, de injurias personales las más indecorosas y ruines. El Sr. Moreno Lopez se ha retirado, según afirma, por el mal estado de su salud; nadie tiene derecho a asegurar cuáles sean las causas políticas que hayan determinado su dimisión, y mucho menos a afirmar que estas nacían de la circular de 20 de Agosto, cuando despues preparaba con suma actividad los proyectos de ley que pensaba presentar a las Cortes.

Sin embargo, las oposiciones, que no pueden renunciar a la táctica que han aceptado a falta de otra mejor, conceden a este suceso una influencia trascendentalísima en la vida del gabinete Miraflores, y dado ya que ellas suponían tremendo golpe para la situación, vuelven a entonar cánticos de gloria en loor del tantas veces ensalzado y otras tantas vituperado Sr. Moreno Lopez.

«Es esto hacer política sería? ¿Revela esta ridícula conducta de los adversarios del actual orden de cosas, no ya solidez de principios, pero ni aun siquiera existencia de ningún pensamiento político?»

Basta que los actos de un hombre público parezcan favorables ó perjudiciales al gobierno, por más que no revelen una modificación fundamental en las convicciones de su autor, para que los diarios de oposición cambien completamente de tono, ni más ni menos que si hubieran visto una evolución política radicalísima. ¿Qué deben pensar de este curioso espectáculo los hombres imparciales que observan las luchas de los partidos y fracciones con entera independencia de los intereses particulares y estrechos que cada grupo suscita? Comprenderán, a no dudarlo, que los debates escandalosos y violentos que con lamentable frecuencia ocupan a la prensa no son provocados por diferencias reales en cuanto a los principios políticos que deben caracterizar y distinguir a las partes contendientes y con los que cada una está en la estrecha obligación de justificar su línea de conducta: comprenderán que las cuestiones de personas absorben por entero la atención de los hombres políticos, y que desmedidas ambiciones no satisfechas, odios y envidias individuales que viven con vida inextinguible, el hediondo nacionalismo, en una palabra, es el gran móvil que impulsa a los hombres de los partidos medios a luchar y despedazarse mutuamente sin piedad alguna.

Este estado de cosas, por cuya terminación hemos clamado constantemente, ha venido a ser comprobado una vez más por la actitud adoptada por ciertos opositoristas de personas, no de principios, respecto al Sr. Moreno Lopez, despues de verificada su separación. Pero siendo conocida, como lo son, las intenciones de los enemigos

del actual gobierno aquella entidad para demostrar una crisis para el logro de la táctica y las desastrosas.

Aun cuando había la escudada prensa americana para demostrar una crisis para el logro de la táctica y las desastrosas.

El gobierno no puede esperar que se decida a firmar el contrato todavía.

El gobierno no puede esperar que se decida a firmar el contrato todavía.

El gobierno no puede esperar que se decida a firmar el contrato todavía.

El gobierno no puede esperar que se decida a firmar el contrato todavía.

El gobierno no puede esperar que se decida a firmar el contrato todavía.

El gobierno no puede esperar que se decida a firmar el contrato todavía.

El gobierno no puede esperar que se decida a firmar el contrato todavía.

El gobierno no puede esperar que se decida a firmar el contrato todavía.

El gobierno no puede esperar que se decida a firmar el contrato todavía.

El gobierno no puede esperar que se decida a firmar el contrato todavía.

El gobierno no puede esperar que se decida a firmar el contrato todavía.

El gobierno no puede esperar que se decida a firmar el contrato todavía.

El gobierno no puede esperar que se decida a firmar el contrato todavía.

El gobierno no puede esperar que se decida a firmar el contrato todavía.

El gobierno no puede esperar que se decida a firmar el contrato todavía.



